

LECTURAS POPULARES.



El dos de Noviembre.

Día lúgubre y de profunda tristeza para quien tiene corazon. Día de dolor para quien recuerda los amigos, los parientes que ha perdido durante el año, ó en los anteriores. Día de horror para el hombre sin creencias, que, á pesar de eso, no puede dudar que llegará un día en que dejará de ser.

Mas ¿porqué ese aflictivo recuerdo? ¿Á qué conduce ese lúgubre clamor de las campanas? ¿No tiene el hombre bastantes motivos de tristeza, sin necesidad de que se le aumenten con signos lúgubres sus melancólicos recuerdos? ¿Porqué la Iglesia celebra esa grave al par que triste solemnidad?

En España afortunadamente estas preguntas son raras, y mucho más entre la gente del pueblo, á cuyo solaz é instruccion consagramos las modestas páginas de esta obrita. Como que las creencias son católicas, todos saben y creen desde los primeros años la existencia de un lugar llamado *Purgatorio*, en el que las almas son purificadas, ántes de entrar en el Cielo, con tormentos iguales á los del infierno, con sola la diferencia de que en éstos no hay la *esperanza*, que sostiene á los que están en aquel otro.—*El mismo fuego que consume la paja purifica el oro*,—según decía San Agustín, resumiendo la tradicion de los cuatro siglos primeros de la Iglesia. Dichosos nosotros,

Núm. 9.º—1.º DE NOVIEMBRE DE 1858.

que en este particular no tenemos necesidad de dar pruebas.

«Procurad emplear bien el tiempo, dice el Evangelio, y pagar bien vuestras deudas, porque habeis de comparecer ante un Juez que os hará pagar hasta el último maravedí.» Esta paga no puede ser en el infierno respecto de los que mueren en gracia; ¿dónde será?

¡Pobres almas! almas que hemos amado tiernamente en esta vida, nuestro padre, nuestra madre quizá, nuestros hermanos, nuestra esposa, nuestros amigos!... Nosotros, que hubiéramos sacrificado por ellos nuestra vida, ¿los abandonaremos ahora? ¡Oh! si los viéramos cómo padecen, si los viéramos retorcerse convulsivamente en aquella horrible cuanto interminable agonía! Nosotros, que tenemos lástima de nuestros animales domésticos cuando los vemos padecer, y que nos compadecemos del pobre perro que vemos espirar en medio de la calle, ¿no tendremos lástima de nuestros semejantes, de nuestros amigos, de nuestros padres, porque no vemos sus padecimientos con los ojos del cuerpo? Entónces, ¿para qué vale nuestra fe!

¡Qué fe, qué corazon, qué sensibilidad tienen los que en la víspera de ánimas pasan la noche en borracheras y asquerosas francachelas! Por fortuna, esta corruptela, que no costumbre, no es popular en España, siendo sólo peculiar de Madrid y de algunas otras grandes poblaciones.

La generalidad, la casi totalidad del pueblo español, durante las primeras horas de esta noche, *ora y llora*. Lo general es reunirse las familias para rezar el Rosario por las almas de sus mayores, de sus obligaciones, y por todas las demas del Purgatorio. Pro-

curan tambien ganar algunas indulgencias para aplicarlas por ellas. El Excmo. Sr. Claret en su precioso Devocionario titulado: *Camino recto y seguro para llegar al Cielo*, consigna muchas devociones á que van adheridas indulgencias.



Inscripciones en las pilastras que decoran la entrada del cementerio de la Sacramental de San Luis y San Ginés en Madrid.

¡Tierra, esos cuerpos que guardas
Los has de restituir
Y te han de sobrevivir.

—
Registra las sepulturas,
Desventurado mortal:
¿Qué hay en ellas? ¡Polvo igual!

—
Padre, esposa, hijos tuve:
Uno á uno los perdí:
Ya estamos todos aquí.

—
Morir debe quien nació:
¡Hasta el Dios-Hombre murió!

—
Con llanto regué mi cuna,
Tormento mi vida fué,
Aquí por fin descansé.

—
Afan y llanto es la vida
En su carrera fugaz:
Aquí principia la paz.

—
Eterno bien os espera,
Ó eterna infelicidad:
Ó sed justos, ó temblad.

—
Aquí vendreis á parar.
¡Vivos, elegid lugar!



El Califa, el pastor y la felicidad.

Una tarde que un Califa de Bagdad (1) iba de caza, se le desbocó su caballo en tales términos, que lejos ya de su comitiva, iba á ser despeñado en un precipicio, cuando un pobre pastor se arrojó á él, y colgándose de las riendas del caballo, pudo contenerle á duras penas, y no sin grave riesgo suyo. El Califa ofreció al pastor hacerlo feliz, y juró, nada ménos que *por su barba*, que le daría todo cuanto le pidiese.

Presentóse el pastor al día siguiente en palacio al tiempo de vestirse el Califa, y fué admitido al punto, segun la orden que de antemano tenia dada. El pobre pastor, llamado Ben-Adab, que tenia por junto un hato de cincuenta cabras, pidió al Califa que le aumentase siquiera hasta ciento. Sonrióse el Califa, y le dijo:

—Veo que eres hombre que te contentas con poco, y ademias me alegro de que no quieras mudar de profesion; lo cual me da buena idea de ti. Tendrás las cien cabras, y ademias una casita y pastos propios para tu rebaño.

El pastor salió contentísimo de la audiencia y teniéndose por el hombre más feliz del mundo. El Califa le habia dado aun más de lo que él se atrevia á pedir, y con su talento habia suplido la cortedad de los alcances de Ben-Adab.

Posesionado de su casita y prados contiguos, y aumentado su rebaño, recibió pocos dias despues la visita de un vecino, hombre de importancia en la comarca: tenia casa, prados y doscientas cabras.

—¡Bestia de mí, (decia el cabrero aquella noche en su cama, sin poder coger el sueño), ¿quién me quitaba á mí haberle pedido al Califa doscientas cabras, y seria tanto como

(1) Emperador de los musulmanes en Asia.

mi vecino! Y entónces con doscientas cabras, ¿quién podía conmigo?

Al día siguiente se presenta el pastor cabizbajo en palacio, expone su demanda, pinta la opulencia de su vecino, que le hace sombra. El Califa se sonríe con la narración, y accede al aumento de las cien cabras.

—De modo que si le hubiera pedido trescientas, y aun cuatrocientas, de seguro que me las da, decia el pastor por el camino. ¿Qué babieca, haber pedido solamente doscientas! Ya no tiene remedio, y no es cosa de ir todos los días con plegarias.

Pero ¡oh desgracia! los pastos no alcanzan para las doscientas cabras; hay que pedir más prados y casa mayor. Tercer viaje á la corte, tercera sonrisa del Califa, que halla justa la demanda, y por consiguiente tercera gracia, de aumento de cabras, casa y prados en proporcion.

—Bien mirado, soy un majadero, decia el pastor por el camino al regresar de la corte, en andar pidiendo cabras ni ganados. ¡Todo un amigo de un Califa andar detrás de un hato de cabras con sol, con lluvias, con fríos! ¡Oh qué lindas casas de campo hay á derecha é izquierda del camino! ¿Porqué no habia yo de ser propietario? Él me juró por su barba darme lo que le pidiera...

A los pocos días cuarto viaje á Bagdad y cuarta petición: esta vez el Califa tarda en sonreírse.

—¿Conque quieres dejar tu profesion? Lo siento: me temo que no voy á poder hacerte feliz. No es por no acceder á tu demanda, es por tu bien.

—Señor, tú me juraste por tu barba que...

—Bien, está bien, no lo he olvidado: tendrás la casa de campo con todo lo necesario para vivir sin trabajar, como tú pides.

No seguiremos la série de los viajes del presunto amigo del Califa, ni la relacion de las sonrisas, más ó ménos forzadas,

de éste, y la concesion de gracias acompañadas de buenos consejos. El nuevo propietario se aburrió pronto del campo, y pidió casa en la corte: la casa se convirtió despues en palacio. Luego vinieron los caballos, los trenes y las galas.

Hubo más: el nuevo cortesano quiso picar en política, y pidió al Califa un cargo público de importancia. El Califa torció el gesto, hizo observaciones muy prudentes al cabrero, manifestándole su falta de educacion é instruccion, la dificultad de desempeñar cargos públicos, los muchos disgustos que éstos llevan consigo, etc. El cabrero acudió á su fórmula consabida:

—Señor, tú me juraste por tu barba...
Y el Califa tuvo que nombrarle Bajá, primero de una, despues de dos, y luego hasta de tres colas, que es lo que hay que ser en aquella tierra.

Pues aun así no se dió el excabrero por contento; andaba taciturno y cabizbajo: el demonio de la ambicion se habia apoderado de él, y le soplaba de continuo al oido ideas de mando y engrandecimiento. Quiso ser Visir, ó primer Ministro del Califa: éste lo rehusó mucho, previendo que lo haria muy mal; y en efectó, se dió tan mala maña y promovió tales conflictos, que al quinto dia fué preciso destituirlo á toda priesa.

Creerán nuestros lectores que con este escarmiento se dió por satisfecho el ambicioso Ben-Adab. Nada ménos que eso. Un dia se presentó en palacio, segun costumbre, al tiempo de vestirse el Califa.

—Señor, tú me ofreciste hacerme feliz, y juraste por tu barba darme para ello cuanto te pidiese.

—Cierito que sí; y hasta ahora no ha sido culpa mia el que no seas feliz.

Pues bien, necesito para ser feliz el ser Califa, y que me cedais, al ménos por algun tiempo, el Califato.

El Califa se restregó los ojos, y creyó no haber oido bien.

—Conque dices que quieres ser...

—Califa, nada ménos: vos me jurásteis...

—¡ Conque quieres ser Califa! Mañana querrás ser Profeta, y se las apostarás al mismo Alá. Voy á hacerte Califa.

Púsose unas babuchas con la punta muy larga y aguda, que eran de moda en Bagdad. Hizo poner de espaldas al pastor, y tomando carrera, le sacudió el puntapié más estupendo de que hablan las crónicas de los Califas.

Miéntas el cabrero se levantaba aturdido del inesperado golpe, y se rascaba lo mejor que podía, el Califa dió sus órdenes rápidamente y se marchó. Los esclavos y guardas cogieron al cabrero, le vistieron un traje tosco, y lo llevaron á su tierra, dejándolo con sus cincuenta cabras.

Se nos figura oír á nuestros lectores decir:

—En vérdad que el tal Ben-Adab era solemnisimo bestia y ambicioso: si yo hubiera tenido esa ganga, me hubiera contentado con ser gran propietario.

—¡ Ah! querido amigo, si Vd. se hubiera visto en el pellejo de Ben-Adab, hubiera hecho lo mismo que el cabrero. ¿Se contenta Vd. acaso con lo que tiene? ¿No estamos viendo todos los dias labradores que quieren ser propietarios, propietarios que quieren ser títulos, títulos que quieren ser hombres públicos y personajes importantes. Dispensad, queridos lectores, que no pase de aquí.

La anecdotilla de Ben-Adab es un ejemplo de lo que es el hombre cuando no sabe moderar sus deseos y aspiraciones, y de lo que quizá pasa por nosotros mismos sin que apenas lo conozcamos. Creedme, queridos lectores, el hombre abandonado á sus propias pasiones é instintos, es siempre en sus aspiraciones y deseos lo que el cabrero Ben-Adab.



Malas cuentas.

A un artesano que tenía sesenta años de edad, le cayeron 20,000 duros de un premio grande de la lotería. Principió por cerrar su taller, gastó de largo en francachelas, puso casa con mucho lujo, dió dinero prestado á varios amigos, y á rédito á otros conocidos, hipotecando varias fincas, compró algunas haciendas por mucho más de lo que valian, se ingirió en política, y hablaba en el casino de su pueblo como un Licurgo, tomó parte en los negocios públicos, le hicieron alcalde, y él lo hizo algo peor que mal.

Añádase á eso que al olor del premio acudieron los ladrones, además de los amigotes, confidentes, pedigüños, petardistas, convidados, etc., que son otra especie de ladrones: libróse nuestro hombre de los primeros, que no fué poco; pero no se pudo librar de los segundos. Observando á los cuatro años que al bolsillo le habia bajado bastante la hinchazon, que los deudores no pagaban, que las fincas rentaban muy poco, y temeroso de concluir con su dinero si entraba en alguna otra empresa, se decidió á irse comiendo los 40,000 duros que le quedaban. Al efecto se echó esta cuenta: —Yo tengo sesenta y cuatro años, y me quedan 10,000 duros por todos conceptos: lo más que puedo vivir son ochenta años: gastando 1,000 rs. mensuales, puedo darme buen trato, y todavía me quedan 8,000 rs. para mi última enfermedad y entierro. ¡Cuenta redonda! —Las enfermedades con que no habia contado, agotaron su caudal ántes de tiempo. Además vivió ochenta y tres años. Los últimos de su vida pedia limosna, y solia decir:

—¡Una limosna para un pobrecito á quien le han salido mal las cuentas!



Por todos los artículos,

José de Castro.

EDITOR RESPONSABLE: FRANCISCO DE ROBLES.

Imprenta de Tejado, á cargo de Francisco de Robles, Leganitos, 47.—1858.